

AÑO I

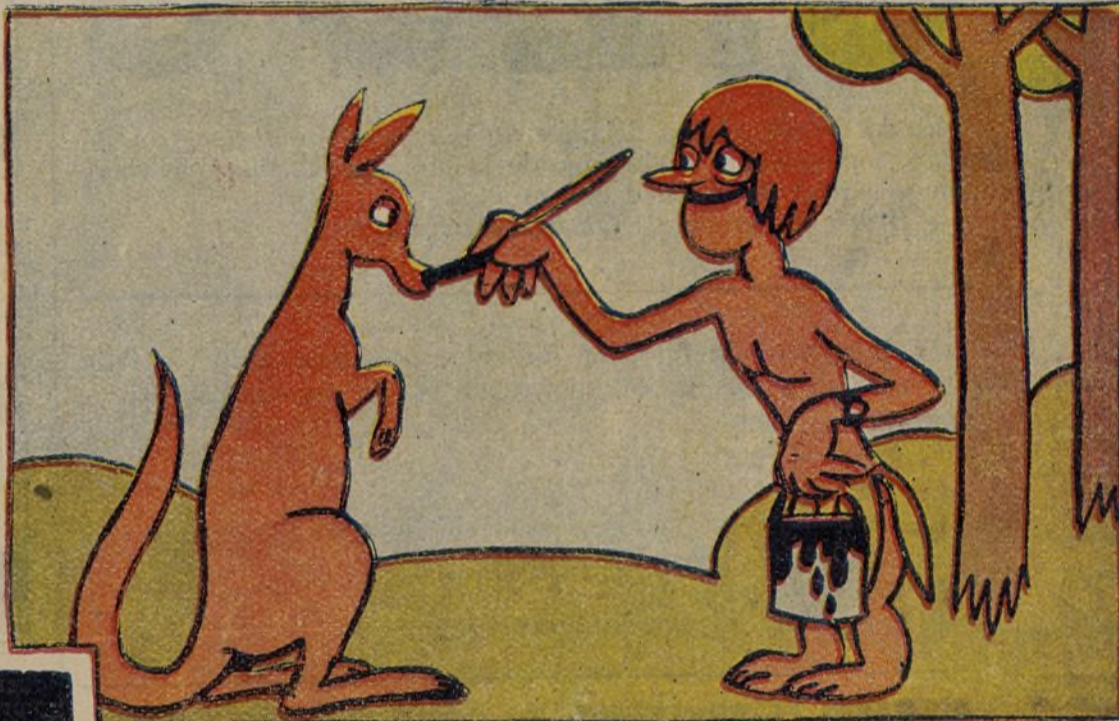
MADRID 16 de MARZO de 1924

NUM 4

### ADÁN, EL PRIMER ARTISTA, Y EL ESTILO MODERNISTA



Cuando Adán se vio en el mundo, fué llamando a cada bicho y, al irlos poniendo nombre, los pintaba a su capricho



Según los historiadores, le dió, con pulso seguro, una pincelada negra en la nariz al canguro



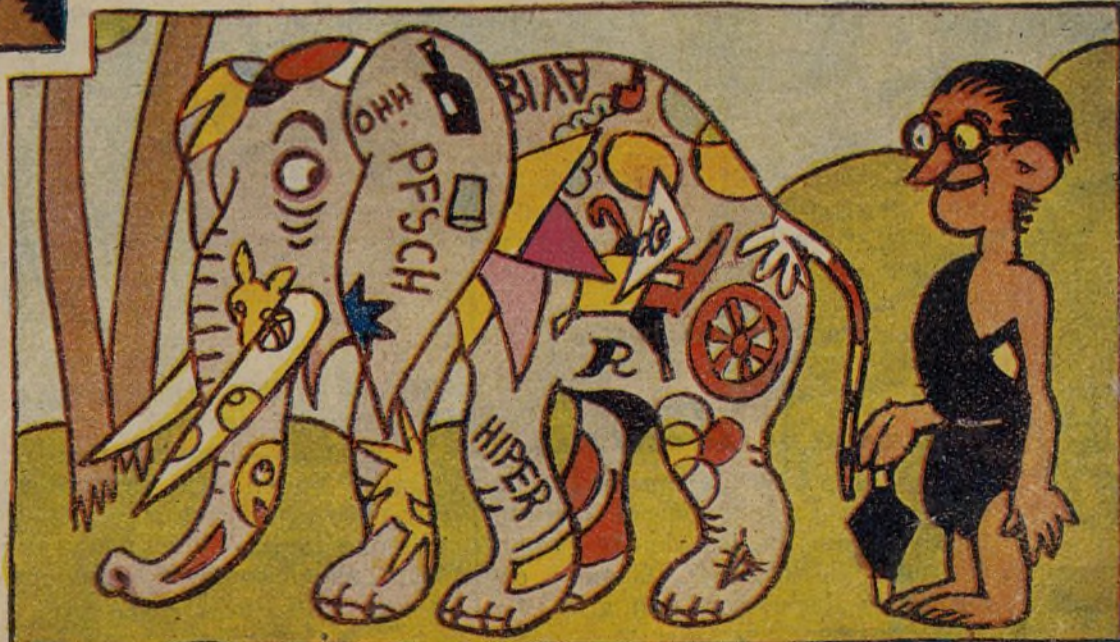
Al gordo rinoceronte aseguran, y no es "coba", que le pintó en dos minutos valiéndose de una escoba.



Y en menos de un periquete, pues pintando no era manco, con una cuba de yeso pintó un caballo de blanco.



Su hijo Caín, que era malo como hermano y como artista, quiso ayudarlo y pintó una girafa cubista



Y Abel para no ser menos y por presumir de artista, pintó sobre el elefante un "camelo" futurista.



# CAPERUCITA

Madrid 16 Marzo 1924

Año I. — Número 4.

## REGALOS DE CAPERUCITA

En el sorteo verificado correspondiente al número anterior ha sido agraciado el **6.296**.

El afortunado poseedor del ejemplar que lleve este número, puede comunicarnos su nombre, apellido y residencia (provincia, calle y número) para enviarnos nuestro regalo, previa presentación o envío de CAPERUCITA que tenga el

# 6.296

En la última página del presente ejemplar insertamos un número, correspondiente al sorteo de la próxima semana, que volveremos a rifar un balón o una muñeca.

Hasta el próximo. **Caperucita.**

**El maestro.**—Juanito, en la vida no debe hacerse nada que no sea a la luz del día. ¡Que la luz del día preside todos nuestros actos!

**El niño.**—¡Pobre papá!

**El maestro.**—¿Qué dices?

**El niño.**—Digo, ¡pobre papá! Si sigue su consejo nos moriremos en casa todos de hambre.

**El maestro.**—¿Por qué?

**El niño.**—Por que es fotógrafo.

### SOLUCION AL ROMPECABEZAS DEL NUMERO ANTERIOR



### ENTRE PADRE E HIJO

—Te había prometido comprarte todos los domingos CAPERUCITA si eras bueno y estudioso.

—Bueno, papá... Confieso que yo tengo la culpa... Pero, ¿qué culpa es la de CAPERUCITA para que no le hagase caso y no la compres para mí todos los domingos?

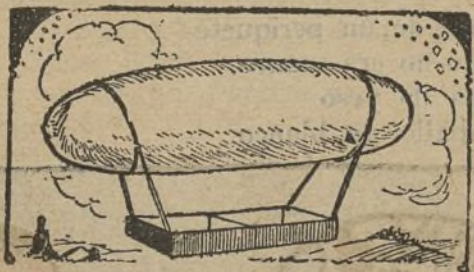
Mi hijita Asunción tiene tres años. La otra tarde, la saqué de paseo, y vió, de pronto, un coche con llantas de goma.

Maravillada de que las ruedas no hiciesen ruido, me paró y me preguntó al oído, en voz baja:

—Papá, papá, ¿por qué anda ese coche de puntillas?

### UN SOBERBIO ZEPELIN

Para lograrlo no hace falta más... que un globo de esos de forma de puro. Después de todo, hoy no es tan difícil obtenerlo; hoy, que tanta propaganda de esa clase se hace en algunos establecimientos.



Pues bien: coged dos cajas de no muy altas paredes laterales, pegadlas entre sí, y unidlas al globo con unas cintillas de la forma que indica el dibujo.

¿No os parece una buena idea? Yo creo que las hay peores.

### EL JUFGO DE LAS ESTATUAS

Primero, se decide quién ha de ser "juez." En seguida, el juez se tapa los ojos y los demás toman actitudes de estatuas. Cuando estén todos dispuestos, uno grita:

—¡Que juzgue el juez!

Entonces, el juez se quita las manos de los ojos y se acerca a las estatuas procurando por todos los medios que éstas se rían.

El que primero se ría suelta una prenda y pasa a ser juez. Y así sucesivamente.



El que invita.—¿Qué, amigo mío? ¿Hay mucho apetito?

El invitado.—Regular. Pero no le extrañe. Yo en casa siempre como muy poco.

El que invita.—Pues nada, amigo. Coma usted como si estuviera en su casa.

### LAS MIL Y UNA COSAS QUE INVENTA LA GENTE PARA «NO TRABAJAR»



El otro día, iba por la calle de Alcalá y me encontré al incorregible bohemio Nipelón en la actitud que puede verse en la primera imagen.—¿Qué haces ahí? le pregunté.—¡Pchs!... Ganándome la vida... Pescando alfileres y agujas con este imán.—Me propuso que lo invitara a tom r unas copas, a cambio de lo cual me contaría los mil medios con que conquistaba los garbanzos.—Pues, hijo, en primavera me gano los frijones vendiendo ramilletes de violetas y ce



lilla a los ídem, y cuando este negocio se pone mal, paso a vender botoncitos para las solapas, que dicen «No me hable usted del Hospicio». «Maldita sea mi suegra», etcétera. También suelo irme al arroyo del Abroñigal a coger sanguijuelas. No te creas; no las pagan mal del todo en las farmacias. ¡Pero, chico, lo dejan a uno anémico! En días de eclipse vendo vidrios ahumados... Ahora que este negocio suele resultar siempre un poco obscuro. También puedes verme,



haciendo cola, en todas las colas interesantes que puedan formarse, para vender luego mi sitio a precios convencionales. La primavera pasada, estuve en el Circo Parish contrahaciendo el rugido del león, para lo que me valía de un tabo de reverbero. ¡Chico! Horrible... me dió una laringitis aguda que a poco más la entrego. Luego me fui con Rambal a «mover el océano» en las escenas de naufragio. ¿No viste el naufragio del «Clemente»? Bueno, pues el oleaje era



yo. A veces, si se terciá, me entrego a un sacamuelas callejero para que pruebe en mi boca sus dentífricos. No me gusta este trabajo porque hay que llevarse todo el día con los dedos sucios de un tío en la boca. También suelo fingirme ciego—porque yo tengo mucha vista—y ponerme a ca tar por ahí la última creación de la «Bella Pingajos». Pero, chico, lo mejor es hacer de maniquí en los escaparates, gana uno los cuartos y ce paso hace una de conquistas...

(De «L'épatant.»)

### UNA CANOA MUY BARATA

Trazad en una cartulina un dibujo igual al que aparece a la izquierda de la ilustración, y del tamaño que más os convenga.

Recortadlo después, plegadlo por en medio, y unid los extremos con papel de goma, con un alfiler o con lo que se os ocurra.



Yo no digo más, porque los niños deben acostumbrarse a resolver ciertos apuros con un poquitín de ingenio.

Lo que sí os aseguro es que obtendréis una canoa que ya quisieran para sí los negritos de la manigua.

—¿Cuál es el establecimiento en donde hay que ser cortés a la fuerza?

—La peluquería. Porque no te atienden como no te quites el sombrero.

En el mostrador de un bar:

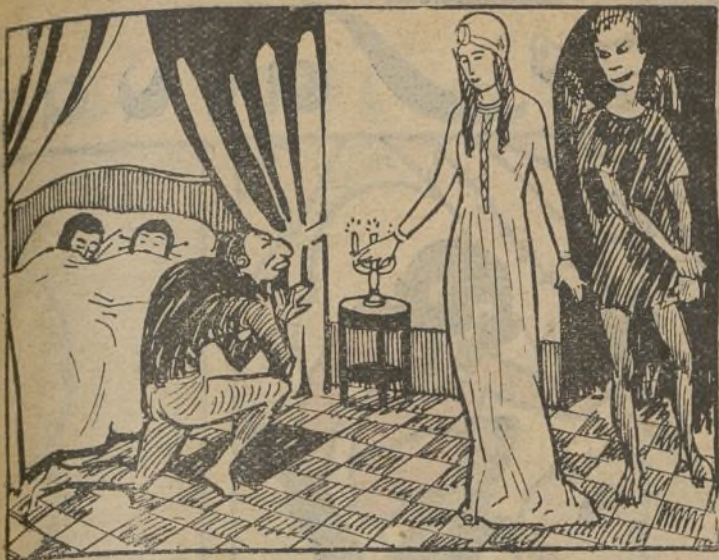
El del mostrador.—(A un parroquiano.) Esta perra gorda no suena bien.

El parroquiano.—¿Que no suena bien? ¡A ver si es que quiere usted la Banda Municipal por una perra gorda!



—¿Qué hay, comadre? ¿Cómo anda ese cuerpo?

—Así, así... Desde esta mañana me siento una pesadez muy rara en la cabeza.



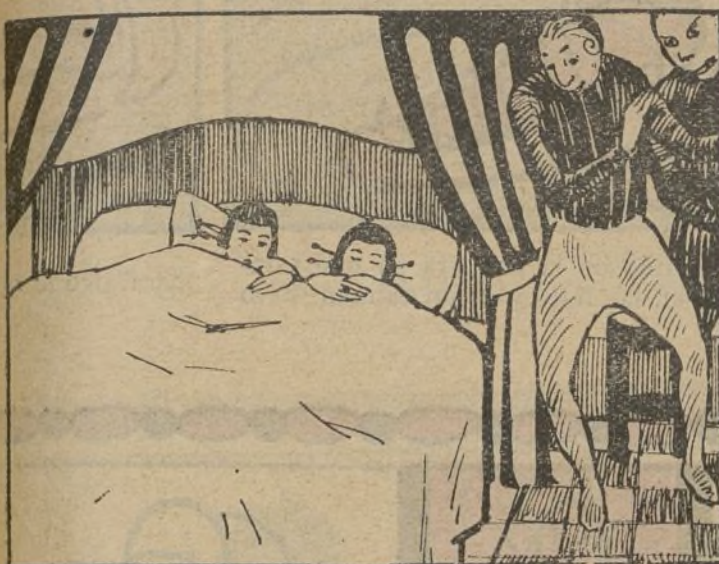
Irritada por la disputa sobre cuál de los dos era más hermoso, Memune golpeó el suelo, y al conjuro del golpe, se abrió la tierra y surgió un genio horrible—jorobado y feísimo—el cual hincó las rodillas en tierra ante el hada. —¿Cuál crees tú que es más hermoso de los dos?—le preguntó Memune—.



Para eso te he invocado. Levantóse Caseás—que éste era el nombre del genio recién aparecido—, y se quedó mudo de asombro ante la milagrosa belleza de los dos príncipes. —No puedo decidir—dijo—. Pero se me ocurre una idea. El que demuestre más amor, más ardor por el otro, será considerado como



menos bello. No hay otro recurso, puesto que ambos son de una belleza incomparable. El consejo de Caseás agradó a Memune, la cual se convirtió en pulga, y saltó al cuello del príncipe Camaralzamán. Tan vivamente le picó, que el príncipe despertó. Entonces Memune recuperó su forma ordinaria. El



príncipe, al abrir los ojos, quedó asombrado. ¿Quién sería aquella hermosísima doncella que a su lado yacía? Al instante se enamoró de ella, y exclamó: —¡Qué belleza! ¡Qué encanto! ¡Alma mía! ¡Alma mía! Camaralzamán pensó que aquella doncella era la que el rey, su padre, le destinaba por esposa. ¡Y



entonces lamentó no haber sido un hijo obediente! —Para poder conocerla siempre le quitaré su anillo—dijo. Y le quitó la sortija que lucía en un dedo de la princesa. Satisfecho, volvió a dormirse. Entonces Danach se convirtió también en pulga y picó a la princesa en un labio. Cuando se despertó, a conse-



cuencia de la picadura, la hija del rey de China, quedó admirada de la belleza del joven que yacía a su lado. —Acaso sea el príncipe que me destina mi padre—pensó. Y agitó al príncipe por un brazo con tanta violencia que le hubiera despertado si Memune, alerta siempre, no hubiera aumentado mágica-



mente la intensidad de su sueño. Después le cogió la mano para besársela tiernamente, y vió la sortija en su dedo. La halló tan parecida a la suya que, por un momento, pensó que esta suya ya no luciría en su mano. Gran error el suyo. ¡También en su mano lucía la sortija! Entonces se le ocurrió que



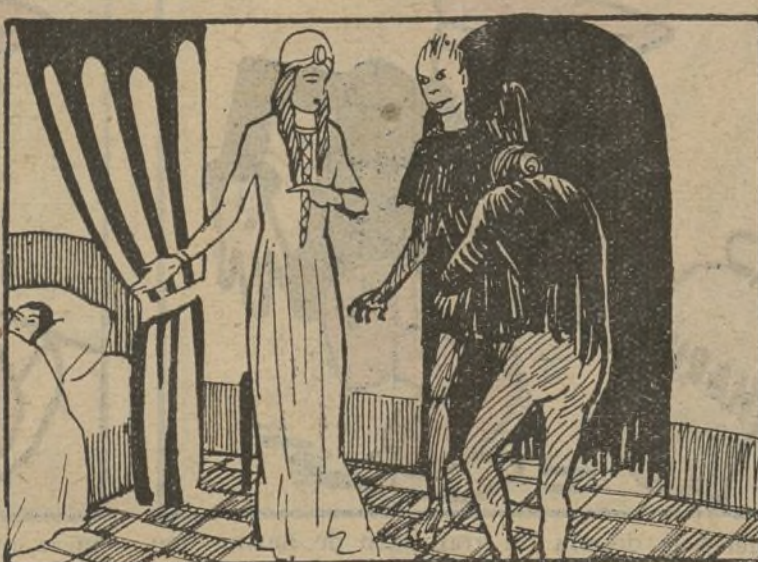
aquellas dos sortijas idénticas eran señal evidente de su próximo matrimonio. Y después de besar castamente al príncipe en la mejilla, se quedó dormida de nuevo. Cuando los príncipes se hallaban profundamente dormidos, Memune dijo a los dos genios: —¿Estais convencidos de que la princesa es menos



bella que mi príncipe? ¿No lo decía yo? Un hada de mi prestigio no se equivoca nunca. Y volviéndose a Caseás, el jorobado, le ordenó: —Coge a la princesa Radourah y llévatela a su reino y deposítala en su lecho. Y tú, Danach, acompañaile. Cuando Danach y Caseás desaparecieron con la princesa, el



hada Memune se volvió a su pozo. Camaralzamán, al despertarse a la mañana siguiente, miró a su alrededor, y vió que la joven había desaparecido. —Ahora creo más firmemente— se dijo — que mi padre ha intervenido en este asunto—. Entonces, despertó al esclavo y le preguntó: —Dime cómo ha po-



didó entrar aquí la joven que ha pasado la noche a mi lado y quién la acompañaba. ¡Respóndeme, y ¡ay de ti, si me mientes!— Como el pobre esclavo le respondiera que él no había visto nada ni sabía nada, Camaralzamán, encolerizado, le dió una bofetada que le hizo caer por tierra. —¡Respóndeme,



esclavo!—le gritó con furia—. Al ver que éste no sabía qué contestar, lo llevó a la ventana, pasó bajo sus brazos la cuerda del pozo, y, haciéndolo saltar, por el alíeizar, le dejó caer, hasta el brocal, gritándole desde arriba: —¡Si no me contestas te echo al agua!

(Continuará.)

# Un engaño



Paco acaba de ver a un toro que se ha esca-



pado, y para darle caza pinta un torero en una



tapia, llamando despues al toro, que, creyendo

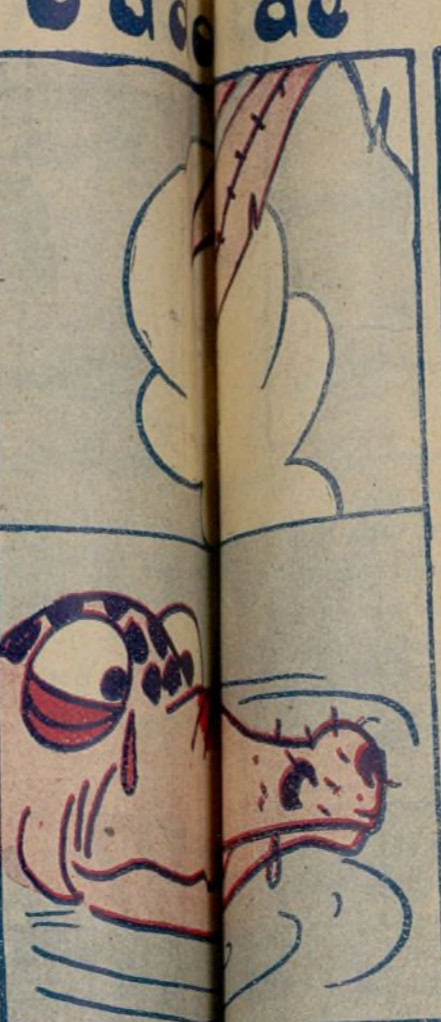


que es un torero de verdad, embiste, haciéndose papilla los cuernos, quedando Paco dueño de la situación y del toro, que llora de rabia

# Ilusion



Pachin se ha caído de la palmera en que estaba subido y cae en las fauces de un caimán. Pero para algo le va a las narices y, en efecto



le pone de punta y consigue hacer un agujero en la cabeza del bicho y salvarse

# Salvado de milagro.

# Robo frustrado



Polonio va a robar carbón de un carro, y para



ello lleva un cubo, en el que vacía todos los sa-



cos que puede sin que se dé cuenta el carterero.



Y luego, muy bontantemente, se larga con lo robado. Pero no se da cuenta de que el cubo no tiene fondo y se deja el carbón en el suelo.

# Un lio con suerte.



El explorador Zampatejas esta en la cumbre de una montaña ami-



rando el paisaje, cuando un resbalón le hace caer quedando colgado por el morral en la montaña



En esta viñeta vemos a un mercader de esclavos y un sultán, el cual, a las veces, se entretiene en comprar esclavos para que se limpien las narices, y si no lo hacen bien, manda que los fritada.

# La vista engaña.



Don Lucas, que es muy miopo ve un agujero en la acera, y con objeto de no caerse decide dar un



salto y pasa por encima. Pero no se da cuenta de que al otro lado del agujero hay un charco, en el que se pone hecho una sopa

# Castigado merecido.



"Pirolo" va a hacer una de las suyas y para ello sale a la calle a robar lo que sea. Y su



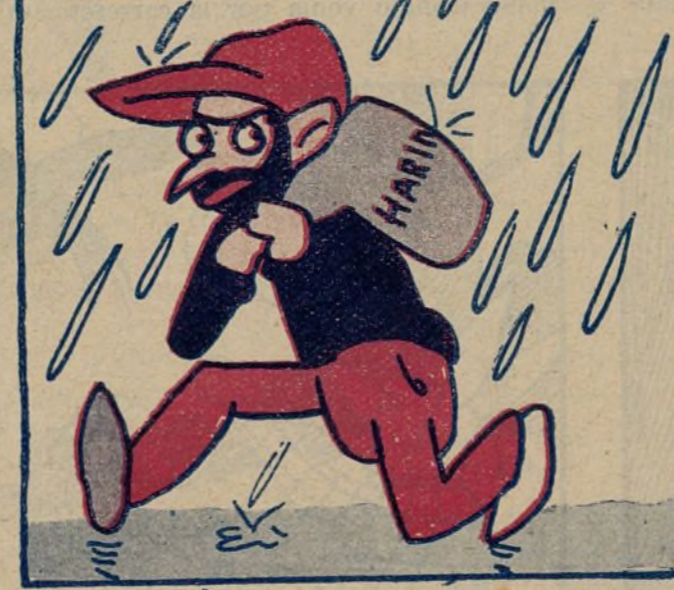
suerte le depara un gran saco de harina que sin duda ha dejado el tendero como muestra



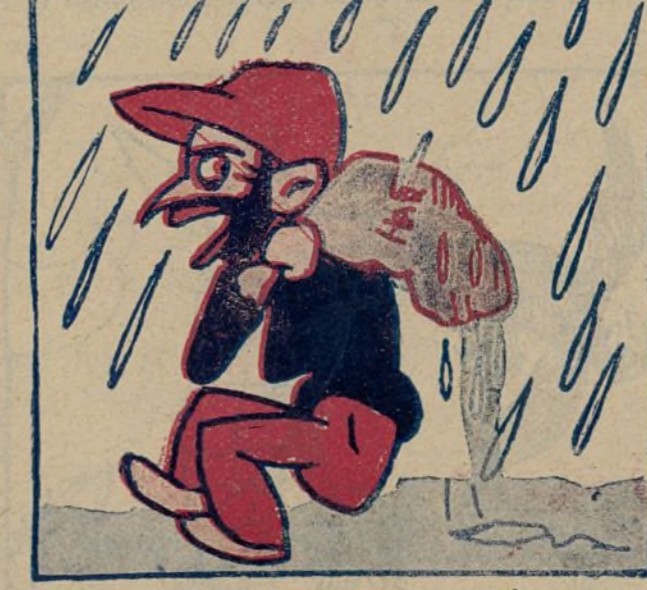
en la puerta de la tienda, y él se aprovecha de la ocasión y se lo lleva. Mas el tendero se



dió cuenta y salió a perseguir a "Pirolo"



que corría más que el viento, pero un chaparrón enorme se le vino encima, haciendo de la



harina engrudo, y, por lo tanto, el saco pesaba el triple que antes y "Pirolo" no podía



con él. Y el tendero no rescató el saco, pero consiguió meter a "Pirolo" en la cárcel.



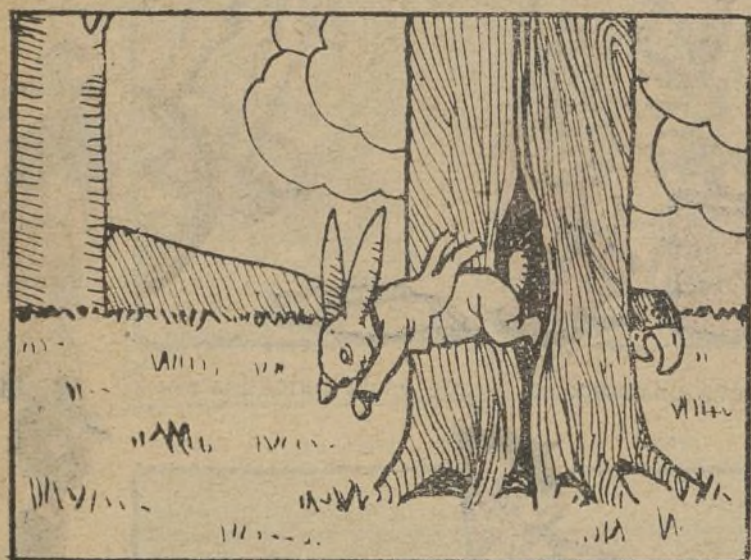
La hermana Zorra y el señor Halcón acordaron lo siguiente: Este último vigilaría el boquete del árbol, a fin de que el hermano Conejo no se escapara, mientras la hermana Zorra iba en busca de un hacha. Al cabo de un momento, el hermano Conejo, como no oía ningún ruido fuera, se acercó al boquete y dijo:



—¡Hermana Zorra! ¡Hermana Zorra! ¿No me contestas? Bueno. Sólo quería decirte que lamento mucho que el señor Halcón se haya marchado. —¿Por qué?—preguntó el señor Halcón imitando la voz de la Zorra. —Porque aquí dentro—respondió el hermano Conejo—hay una ardilla estupenda y yo la haría



salir por un pequeño agujero que hay al otro lado del árbol, y el señor Halcón se la comería. —Hazla salir y yo la atraparé y guardaré para dársela en la primera ocasión al señor Halcón. —Pues da la vuelta. Apenas se retiró del boquete el señor Halcón para plantarse ante el agujerito de que le hablaba el her-



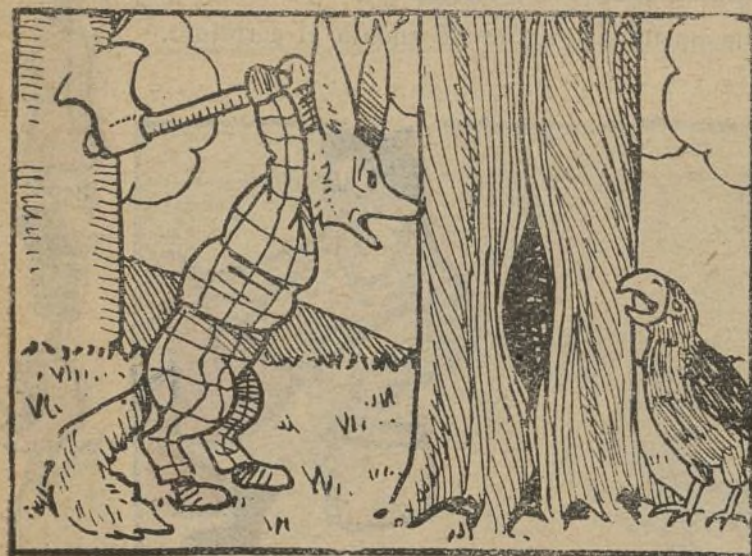
mano Conejo... éste saltó por el boquete grande y echó a correr hacia su casa con una velocidad que rianse ustedes de los grandes expresos de lujo. —¡A casita, que es tarde!—decía alborozado en medio de su carrera. Cuando volvió la hermana Zorra, preguntó al señor Halcón: —¿Qué tal el hermano Conejo?



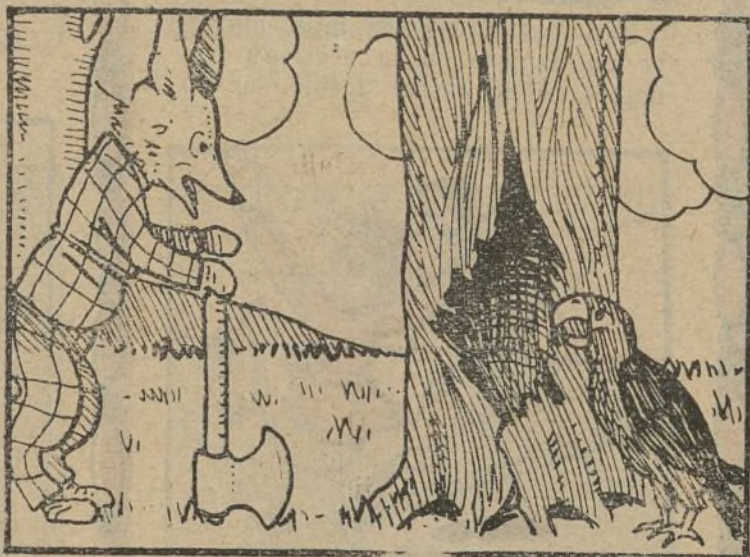
—Ahí dentro sigue. Debe estar echando un sueñecito. —Entonces llegó a tiempo de despertarlo. Y en diciendo esto, se quitó la levita de su traje sastre, cogió el hacha, la levantó y descargó un golpe formidable sobre el árbol. El señor Halcón saltaba de contento y decía: —¡Vaya almuerzo el que vamos



a darnos! Cuando ya estaba el árbol casi cortado en dos, el señor Halcón saltaba de alegría. —Ven, hermano Halcón—dijo entonces la Zorra a su amigo—. Asómate. ¿Eso que se ve en el fondo no es la pata del hermano Conejo? En cuanto el señor Halcón metió la cabeza por el boquete, la traidora herma-



na Zorra se le echó encima dispuesta a acabar con él. —¡Suéltame!—gritó el señor Halcón batiendo sus alas—. ¡El hermano Conejo va a escaparse si no tienes cuidado! —No te suelto. El hermano Conejo se ha ido, y tú lo has dejado escapar. ¡Tú responderás por él! A él ya lo cogeré otro día. —No. Suéltame. Es tarde y mi mujer me estará esperando. Entonces, el señor Halcón, le confesó lo ocurrido, y la hermana Zorra, hecha una furia, lo cogió por las plumas de la cola, dispuesta a sacudirlo contra el suelo y hacer que acabara allí la alegre serie de sus días. ¡Con qué rabia lo cogió! Pero quiso el demonio que las plumas se desprendieran de la cola, lo que, naturalmente, aprovechó el señor Halcón para echar un vuelo esplendoroso. Y volviendo la cabeza, le dijo: —¡Muchas gracias, hermana Zorra, me has dado un impulso estupendo! Una tarde, el hermano Conejo venía por la carretera, saltando como



nio que las plumas se desprendieran de la cola, lo que, naturalmente, aprovechó el señor Halcón para echar un vuelo esplendoroso. Y volviendo la cabeza, le dijo: —¡Muchas gracias, hermana Zorra, me has dado un impulso estupendo! Una tarde, el hermano Conejo venía por la carretera, saltando como



estaban los pequeñines de los señores de Conejo, y a la Zorra se le hicieron los dientes agua al verlos tan regordetes y tan bien cuidados —Buscaré un pretexto para comérmelos a todos—pensó la Zorra—. Los Conejitos se echaron a temblar y se agruparon todos en un rincón. (Continuará.)



un chico travieso, cuando, de pronto, vió a la hermana Zorra comiendo unas yerbas, que él conocía perfectamente. —¡Vaya dolor de vientre el que te espera!—pensó—. La Zorra no lo vió y siguió comiendo y el hermano Conejo se echó por tierra y empezó a revolcarse, henchido de alegría: —¡Já, já,



já! Tu dolor de vientre va a servirme para que acabes de dejarme en paz—. El señor Conejo se alejó de allí meditando el plan que había de librarle para siempre de la persecución de la Zorra, y ésta se fué a casa del hermano Conejo, segura de que a esa hora los Conejitos chicos estarían solos. En efecto, solos



estaban los pequeñines de los señores de Conejo, y a la Zorra se le hicieron los dientes agua al verlos tan regordetes y tan bien cuidados —Buscaré un pretexto para comérmelos a todos—pensó la Zorra—. Los Conejitos se echaron a temblar y se agruparon todos en un rincón. (Continuará.)

# EL DUQUE LINDAFLORES

I



**H**ABIA una vez un rey que tenía tres hijas. Las dos mayores eran orgullosas y feas, y la pequeña la criatura más bondadosa y bonita que jamás se había visto.

Una noche estaban hablando las tres hermanas sobre con quiénes querían casarse.

—Yo no me casaré sino con un rey— dijo la mayor.

—Yo, o con un príncipe o un gran duque—dijo la mediana.

—¡Bah! ¡Bah!—dijo la pequeña—. Son ustedes muy orgullosas. Yo me daría por muy satisfecha si me casara con el toro negro del espanto.

Claro que hablaba en broma, como burlándose de la ambición de sus hermanas. Se refería a un toro negro que andaba suelto por el contorno, y que tan asustados tenía a todos que le llamaban el toro negro del espanto.

Cuál no sería el horror de las hijas del rey cuando al disponerse la mañana siguiente a tomar su regío desayuno, oyeron llamar ruidosamente a la puerta del castillo y enteráronse de que era el toro negro que venía por su novia.

El rey y la reina no sabían qué hacer para salvar a su hija.

Al fin, decidieron darle a la muchacha encargada del corral. Se la sentaron en los lomos, y el toro negro echó a correr hasta el bosque, en donde hizo caer a tierra a su carga. Al ver que era la hija pequeña del rey, volvió al castillo bramando con más furia que antes. Entonces, le fueron dando, una a una, a todas las sirvientas; después, a las dos princesas mayores... Pero nada, el toro, como siempre, llegaba al bosque, las sacudía de sus lomos y volvía al castillo echando lum-

bre por los ojos a reclamar a su verdadera novia.

\*\*\*

Así, pues, los reyes no tuvieron más remedio que darle a su hija menor, la cual, a lomos del toro negro, recorrió muchos bosques sombríos y muchas leguas de estepas solitarias, hasta llegar a un magnífico castillo, a la puerta del cual había una gran multitud.

El señor del castillo le rogó que entrara en él, a pesar de su asombro de verla a lomos de tan extraña cabalgadura. Aceptó la princesa, y ya en el patio, se fijó en que el toro negro tenía un alfiler clavado en la piel. Se lo sacó y, con gran estupefacción de todos, el toro convirtióse en el príncipe más bello que vieron los siglos.

La princesa no salía de su asombro, más aún al ver al príncipe darle gracias, postrado de rodillas ante ella, por haber roto su encanto. Entonces comenzó una gran fiesta, pero ¡ay! en medio de ella desapareció el príncipe, y no fué encontrado, pese a todos los esfuerzos de los castellanos y su servidumbre.

¡Pobre princesita! Derramando las más tristes lágrimas salió del castillo, asegurando que no descansaría hasta que no encontrase al hermoso príncipe.

II

Una tarde se perdió en el bosque, y como la noche avanzaba con todas sus sombras, la pobre niña se dispuso a morir de hambre y de frío. Pero, de pronto, vió una luz a lo lejos; se acercó; era una choza, donde vivía una vieja muy vieja, la cual la hizo entrar y le ofreció lumbré y comida. A la mañana siguiente, le dió tres nueces y le dijo que no las abriera hasta que "su corazón estuviera a punto de romperse en el pecho." Después, le deseó buena suerte, y la princesa volvió a encontrarse en medio de la soledad del campo.

Apenas hubo andado unos metros, vió pasar un cortejo de nobles, señores y damas, y les oyó decir que iban a la boda del duque Lindaflores. Después se encontró con otra gente, cargada de manjares, los que también le dijeron

que iban a la boda del duque. Por último, llegó a un castillo, en donde no vió más que cocineros y cocineras corriendo como locos de aquí para allá.

Inesperadamente, oyó una voz que gritaba:

—¡Paso al duque Lindaflores!

¡Oh, cielos! ¡El duque Lindaflores, que iba acompañado de una joven bellísima, era el propio príncipe que ella buscaba!

Estad seguros de que "su corazón" en aquel instante "estuvo a punto de romperse en el pecho." Así, pues, rompió una de las nueces, y de ella salió un hada pequeña, cardando lana.

La princesa entró en el castillo, y, apenas vió la dama que había llegado al lado del duque a aquel encanto de hada cardando lana con tanto afán, le dijo a la princesa que qué quería con tal de que su compañerita se quedase en el castillo.

—Os la dejaré, señora, con una condición: con la de que aplacéis por un día vuestra boda con el duque y me dejéis entrar en su cuarto esta noche.

La dama consintió, y, por la noche, entró la princesa en el cuarto del duque, el cual dormía dulcemente.

La princesa se sentó a su cabecera y empezó a cantarle:

Despierta, duque Lindaflores, que a tu lado está el amor.

A pesar de su dulce canto el príncipe no se despertó, y, al llegar la mañana, la princesa tuvo que salir de su cuarto, sin haber logrado que él la viera. Entonces, abrió otra nuez y salió de ella otra hada minúscula, li-lando en una rueca de oro. La dama aplazó un día más su boda, con tal de quedarse con ella a su lado.

Pero la princesa no obtuvo mejor resultado aquella noche, y, desesperada, rompió la última nuez, de la que salió otra hada rehilando en una rueca de oro y diamantes.

Desde luego, la dama del castillo se la quedó a su servicio en iguales condiciones que las dos anteriores.

III

Hallábase el duque vistiéndose aque-

lla mañana, cuando su mayordomo le preguntó:

—Señor, esta noche y la antepasada he oído un rumor extraño en su dormitorio. Un rumor dulcísimo por cierto. ¿Y vos, señor, no habéis oído nada?

—Nada en absoluto—respondió el duque—. No son más que figuraciones tuyas.

—Procurad esta noche no dormiros profundamente y oiréis la dulce voz que a mí no me ha dejado conciliar el sueño durante dos noches seguidas.

—Lo haré, aunque creo que todo será en vano.

\*\*\*

El duque, preocupado con el aviso de su mayordomo, durmióse aquella noche, sí, pero con un sueño mucho más ligero y mucho menos tranquilo que el de costumbre.

La princesa, a su hora, entró en la alcoba, se sentó a la cabecera de la cama y se puso a cantar:

Despierta, duque Lindaflores, que a tu lado está el amor.

¡Por fin! Se despertó el duque y por poco enloquece de contento al ver a su lado a la princesita de sus amores.

—¿No sabes?—le dijo—. Hasta ahora he vivido bajo el influjo de una hada maldita, cuyo poder sobre mí debía terminar en cuanto te encontrara por segunda vez. ¡Y te he encontrado! ¡Y ya soy libre!

La princesa, contentísima al saber que aquel segundo encuentro significaba el final del maleficio de la bruja sobre el príncipe, consintió en casarse con él—¡y lo estaba deseando!—La mala bruja, temerosa de la ira del príncipe, huyó de la comarca y no ha vuelto a saberse nada de ella.

Todo fué alegría en el castillo. La dama con quien había de casarse el duque, desapareció misteriosamente, pues no era otra cosa que una imagen de mujer, creada por la mala bruja.

La boda de los príncipes se celebró con general regocijo. Las fiestas duraron dos semanas y un día.

Y aquí acaba la historia del duque Lindaflores.

## AGUILA-ROJA



**N**OS dejas salir, mamá? Daríamos una vuelta por el prado y llegaríamos hasta aquel pueblo que está más allá del río.

Quien así hablaba era Roberto Home, un pequeño

niño de unos diez años. Su madre, que con él y Margarita, su otra hijita, hallábase a la puerta de su cabaña—al pie de una sierra norteamericana—meditó unos instantes antes de contestar.

—Bueno: podéis ir con tal de que seáis juiciosos y no os aventuréis más lejos de lo que podéis. ¿Qué te parece, Adolfo?

Adolfo era su marido, que terminaba de vestirse dentro de la cabaña.

—Me parece muy bien. No hay indios por estos contornos, que yo sepa. Y, la verdad, con los indios no quiero nada. Son muy traicioneros.

Así, pues, Roberto y su hermanita salieron a pasear aquella mañana. Llegaron hasta el río, en cuya orilla empezaba la montaña, y en donde estaba la pequeña ciudad.

Los niños entretuviéronse jugando al

escondite, haciendo casitas con la arena y chapoteando en el agua.

De pronto, Margarita vió una ardilla y dijo a su hermano:

—¡Mira, mira, Roberto!

—Ya veo, ya; debe haber encontrado nueces por aquí. Vamos a acercarnos.

Y olvidando lo que habían prometido a su madre, echaron a correr detrás de ella.

La ardilla desapareció en la copa de un árbol, y Roberto se detuvo. Oyó un ruido bronco a su espalda y, al mirar, vió un oso tremendo.

Roberto no se esperó a ver qué ocurriría. Cogió en brazos a su hermanita y echó a correr con la velocidad del viento. Pero el oso les había visto y corría tras ellos de roca en roca.

—¡Oh, hermanita, no sé qué hacer!

—dijo Roberto.

Y de repente, apareció ante ellos un piel roja, con sus bellas plumas brillando al sol.

—¡Pronto! ¡Pronto, pequeño, méte-te aquí con la niña!—gritó el piel roja, mostrándole la entrada de una cueva—.

¡Vamos! ¡Corriendo te alcanzaría! ¡Yo taparé la entrada y correré a avisar a tus padres!

Roberto obedeció y, por entre las dos piedras con que el indio había cerrado la entrada, lo vió corriendo con la velocidad de un ciervo montaña abajo, seguido de cerca por el oso.

Estaba la madre inquieta, pensando lo que podía haber ocurrido a sus hijos, cuando vió descendiendo la montaña a toda carrera hacia su casa al piel roja.

—¡Adolfo! ¡Adolfo! ¡Un indio! ¡Un indio que viene hacia la casa!—gritó a su marido.

Home echó mano a su fusil, pero al ver al indio haciendo un signo de paz, bajó el arma.

—¡Y alguien le persigue!—exclamó su mujer—. ¡Digo! ¡Pero si no me equivoco es un oso lo que le persigue!

—¡Agáchate! ¡Agáchate!—gritó Home al piel roja.

Obedeciendo la orden imperativa, el piel roja se agachó, y entonces, Home, hincando una rodilla en tierra, apuntó al oso.

¡Pan! De un disparo certero, el oso cayó patas arriba.

El indio se levantó y avanzó hacia la casa.

—¿Quién eres?—preguntó Home.

—Aguila-Roja me llamo—respondió el indio—. He ocultado a dos niños en una cueva para salvarlos del oso.

Home dudó un instante. ¿Y si era una estratagema del piel roja?

Aguila-Roja lo comprendió así, y le dijo para convencerle de la verdad y de la buena intención de sus palabras:

—Ven conmigo si no me crees. Yo mismo te llevaré a la cueva.

—Vamos.

Echaron a andar hacia el sitio que el

piel roja había indicado. Aguila-Roja iba delante, mostrando el camino.

Home, por un momento, desconfió:

—Escucha, Aguila-Roja—le dijo—. Ya ves que traigo el rifle al hombro.

Si lo que tratas es de engañarme y atacarme en una encrucijada, ten mucho cuidado, porque puede que seas tú el que lleve la peor parte.

Aguila-Roja, un poco mohino, respondió:

—Dios te perdone, hombre blanco, tu mal pensamiento. Parece mentira...

Voy a salvar a tus hijos y aun dudas de mi lealtad. Ya llegamos. Verás si tengo razón.

En efecto, llegaron a una cueva y Home vió a sus hijos en el interior.

—¡Papá! ¡Papá!—gritó Roberto—.

¡El indio, el indio nos ha salvado!

Home entró en la cueva, y después de besar a sus nenes, se volvió al indio y le dijo:

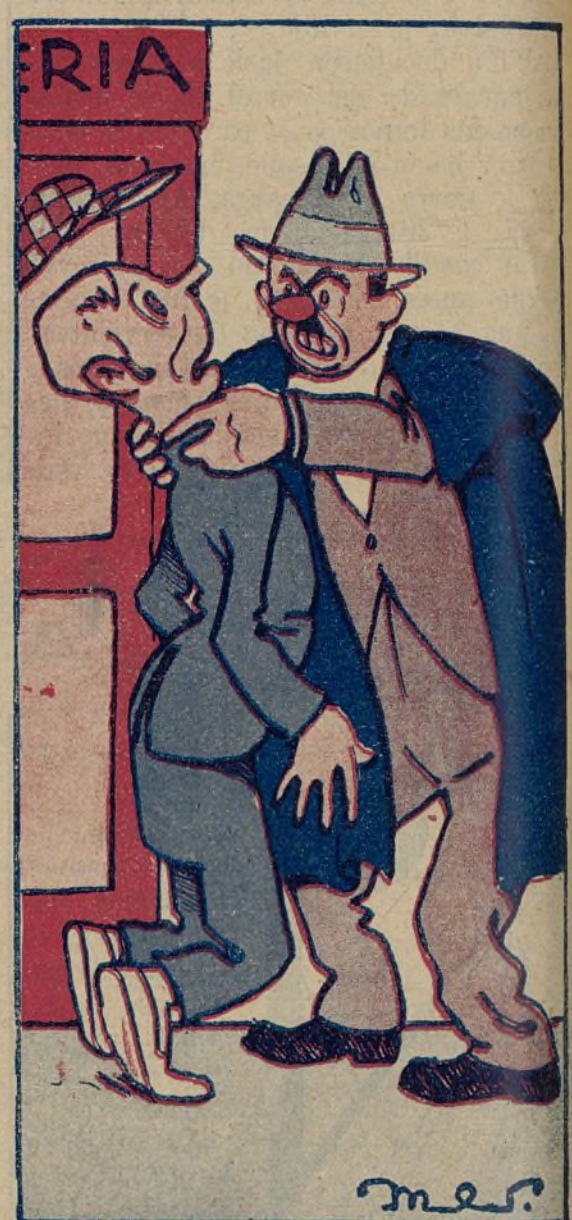
—Dame esa mano, buen hombre. Y acéptame, desde aquí en adelante, como tu mejor amigo.

Y este fué el principio de una gran amistad entre el blanco y el piel roja.

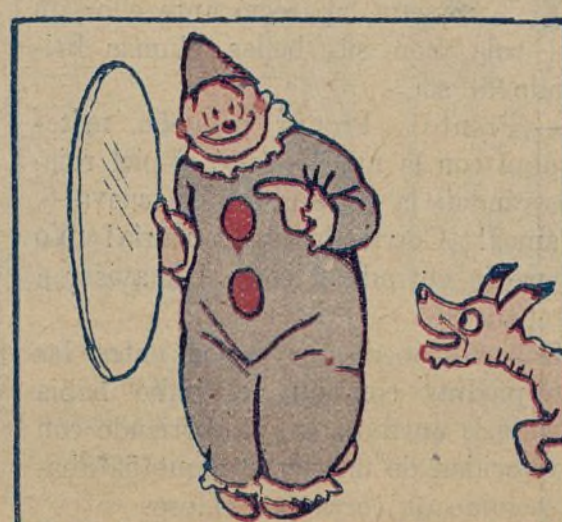
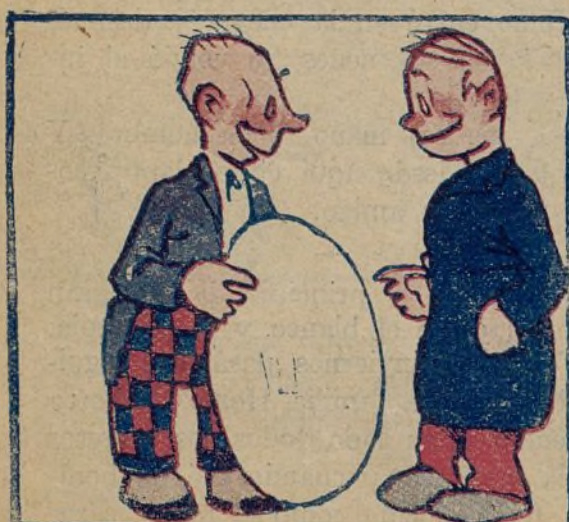
Todos los inviernos pasábalos Aguila-Roja con la familia Home. Roberto aprendió a su lado todos los secretos de la montaña, y cuando fué un hombre, fué conocido como el mejor cazador del contorno.



En el solar del tío Pancho se ha celebrado "corrida extraordinaria". El primer espada, "el chico del terçero", está quedando a considerable altura. En cuanto a los peones banderilleros y demás, no digamos: el "chico delantal" no cesa de demostrar sus cualidades (para correr); el "Percebito" ha cogido una perra que no le deja ni levantarse del suelo, y de los picadores no hablemos, pues hasta el "jaco" del "mofletes" llora amargamente después de un batacazo. Al público parece que no le gusta el programa y hace "obsequios" a los pequeños toreros. El que está encantado es el cornúpeto, que se está quedando solo dando mamporros.



—Caramba, ¿será aquel el sinvergüenza que me robó ayer la capa del maniquí? Veremos; me coloco aquí como si fuera un muñeco y esperaré a que se acerque. Ya está en acción el "patillas". Mira a todos sitios por si pueden verlo, se cerciora de que en la sastrería no hay nadie que pueda verlo, y tranquilamente, echa mano a la soberbia capa que lleva puesta el amigo Zenón, creyendo que éste es efectivamente un muñeco. Y cuando ya se relamía teniendo por suya la presa, se quedó estupefacto al ver que el pretendido maniquí, después de ponerle como un trapo, le echó las manos al cuello y a poco más lo estrangula.



Pin-pín y Pin-poón, envidiosos de los éxitos de Pam-pam y su perro, están pensando la manera de hacerles una jugarreta y piensan tranquilamente cambiar el pape del arco por donde pasa "Chuchito" por una hojalata que pintan de igual color del papel, da una sensación de que allí no ha pasado nada. Y llega en el circo la hora del trabajo. Aparece Pam-pam y su "Chuchito". Al pasar por el arco, "Chuchito" se encoge, da el salto... y se hace polvo el hojalata, dando grandes alaridos, contra la hojalata que sus rivales han puesto para engañarle.